

posiciones. Así, de nuestra parte, las oraciones que hagamos en la iglesia son necesariamente mejores que las que hacemos en otra parte, por consiguiente, ellas son más agradables á Dios y tienen más probabilidades de ser atendidas ¹. En efecto, Dios, por su parte,

sus manos. Le hablaré de mi debilidad, y él me fortificará; de mis penas, y él me consolará; de mis pecados, y él me los perdonará; de mi familia, y él la bendicirá; de mis inquietudes, y él las disparará. Señor, yo entraré en vuestra casa, yo os adoraré en vuestro santo templo, y yo volveré de él cargado de toda clase de bendiciones. (Réguis, *Platicas*, 9, dom. desp. de Pentec.)

1. Afin de que las oraciones que hacemos á Dios en los templos le sean agradables, es preciso: 1º Que comparezcamos delante de él con el espíritu humillado, el corazón contrito, edificandonos los unos á los otros por las posturas las más convenientes á la majestad divina verdaderamente presente en este santo lugar. Ay! una funesta experiencia no nos enseña que es allí en donde se trata lo más frecuentemente las cosas los más abominables! « Hé ahí, esclama el santo sacerdote de Marsella, *Salv. de gab. Dei*, lib. 3º, lo que hay de más criminal y de más digno de nuestros gemidos: la Iglesia destinada á apaciguar á Dios, es el lugar en donde se le irrita más; porque si esceptuamos algunas santas almas que huyen del mar del mundo, que se puede decir de casi todas las asambleas de cristianos, sino que es una sentina de vicios; los que entran para detestar sus pecados, salen para cometer otros nuevos; parecen también, continua este Padre, haber resuelto durante los sagrados misterios hacerlo así, puesto que al momento de salir del templo, cada uno vuelve al objeto de sus pasiones; » los unos van á trabajar para contentar su avaricia, los otros á satisfacer su ambición, los unos en el acto se entregan á la intemperancia, los otros al desorden de un placer vergonzoso y criminal; y es así que la casa de Dios, en lugar de ser una casa de oración, es un retiro de ladrones. Es, pues, en nuestras iglesias que se realiza la vision del profeta Ezequiel, VIII, 14-16: *El Señor*, dice, *habiendome llevado á la puerta del templo, vi mujeres sentadas en este lugar que lloraban á Adonis*, y habiendome hecho conducir al atrio interior, vi entre el vestibulo y el altar, próximamente veinte y cinco hombres que volaban la espalda al templo del Señor y cuyo rostro miraba al Oriente, y adoraban al sol saliente. Culpables cómo somos nosotros de la misma profanación, puesto que la abominación que el profeta vió entonces, es una imagen

viendo que hacemos lo que podemos para orar del mejor modo, que nos separamos de nuestras ocupaciones para ir á llevarle nues-

de lo que pasa todos los dias en nuestras iglesias, temamos que esta amenaza no caiga sobre nosotros: *Es por esto*, dice el Señor por boca de su profeta, *que les trataré así en mi furor, mi ojo los verá sin apiadarse, no me conmovaré, y cuando ellos me llamarán, no les atenderé*. Ezech. VIII, 18. *Yo castigaré á todos los que entran insolentemente en el templo y que llenan de iniquidad y de engaño la casa de su Señor y de su Dios*. Soph. I, 9. Pero es necesario, 2º que nuestro corazón que es el templo verdadero en el cual debemos encerrarnos para suplicarle, esté santo y purificado; es preciso que esté exento de pasiones. Sin embargo, es allí que la venganza, la colera, la avaricia, la impureza se reúnen cómo en su centro, y que este templo se convierte así en una guarida de animales feroces. *Auferte ista hinc*, Joan. II, 16, podemos decir con el Hijo de Dios, cuando arrojó otra vez á los mercaderes del templo; arrojád fuera todas estas cosas, arrancád estas pasiones del fondo de vuestros corazones, é impedid que de nuevo vuelvan. Hé aquí la obligación la más esencial del cristiano y la cual no cumple cómo debe: en lugar de alejar de sí las pasiones, en lugar de destruirlas, lo más frecuentemente trabaja para fomentarlas y sostenerlas: se recuerdan las ideas y se ama el recuerdo de ellas, se hace de manera que los objetos que no están siempre presentes á la vista, lo estén en la imaginación para acariciarlos más vivamente en el corazón. Cierto es que unas veces por una inconsecuencia natural, ó segun la diferencia de edades, se cambia de objetos y también de pasiones, y que otras veces, para disponerse á recibir los sacramentos, se hace de manera de adormecerlas; pero no es menos cierto que no hacen ellas más que sucederse las unas á otras, y que no se las sacrifica casi nunca enteramente al Señor: si para obedecer el precepto de la Iglesia, ó si intimidados por una enfermedad peligrosa, estamos obligados por el temor del infierno á inmolar al Señor lo que tenemos en más estima, no se puede decir que, semejantes á la madre de Moises, no abandonamos este hijo del corazón más que lo más tarde que podemos; hacemos de suerte esponiendole que no le suceda algun mal, y tomamos también todas las medidas para conservar la vida, y para volverle á coger, muy distante que estemos verdaderamente determinados á darle el golpe de muerte. Queremos triunfar seguramente de nuestras pasiones? adhiramosnos á la principal, y arranquemosla de raíz; si la avaricia os cau-

tras suplicas á sus pies, no estará mejor dispuesto á oírnos favorablemente, que si le hubieramos orado, por otra parte, que en su casa y con las disposiciones necesariamente menos perfectas ?

tiva, si la impureza os domina, si la ambicion os subyuga, *aufert ista hinc*, alejad de vosotros la pasion favorita, arrojádla del templo de vuestro corazon, tomád cómo el Hijo de Dios el latigo en la mano, es decir mortificád vuestros sentidos, crucificád vuestra carne, entregádos á los rigores de la penitencia, *para destruír en vosotros este cuerpo de pecado*; Rom. vi, 6; porque es necesario acordaros que vuestro corazon debe ser una casa de oracion, y que no debe convertirse en un retiro de ladrones; es lo que el Hijo de Dios dice hoy á los profanadores que trata tan duramente, (Monmorel, Hom. 9. serm. despues de Pentecostes, Viernes).

1º Oratio, licet in omni loco fieri possit, in templis tamen et locis consecratis, cæteris paribus, Deo acceptior est, tum quia ad hoc consecrantur, ut sint domus orationis, tum quia promittit Dominus se ibi exauditurum orantes. Sic dicit Dominus respiciens tempus novæ legis: *Adducam eos in montem sanctum meum, et lætificabo eos in domo orationis, holocausta eorum et victimæ placebunt mihi super altari meo.* Is. LXI, 7. Atque etiam in veteri lege de antiquo templo dixerat Dominus: *Elegi mihi locum istum. Si clusero cælum et pluvia non fluxerit, et præcepero locustæ ut devoret terram, et misero pestilentiam, conversusque populus meus deprecatus me fuerit, exaudiam illum in loco isto.* II. Paralip. VII, 12-15. David, fugiens iram et persecutionem regis Saulis, orabat in deserto ferventer et pientissime Dominum: *In terra deserta, et in via, et in aquosa, sic in sancto apparui tibi,* Ps. LXII, 3, ait ipse, quasi dicat: In hac solitudine in qua dego, quæ vestigiis hominum non teritur, et arida est, aquis carens, ego me tibi soleo sistere, et te orare, non secus ac si Jerosolymis essem in loco sancto ante arcam. Attamen alibi significat ardentissimo se desiderio teneri domus Dei, et tabernaculi sacri ubi arca servabatur ubi etiam speciali devotione solitus erat effundere orationem suam quasi in præsentia Dei sui. Hoc desiderium suum explicat, ubi inter cætera dicit: *Quoniam transibo (sive quandonam transibo) in locum tabernaculi admirabilis usque ad domum Dei?* Ps. XLI, 4. Jonas quoque orationem fundebat in ventre ceti existens, nec orationem ejus carcer iste, vel turbida maris elatio impediabat quominus coram Deo illa oratio se sisteret. Attamen sciens templum locum esse aptiorem orationi et adorationi, dicit: *Projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me, omnes*

No, vosotros lo véis, no se podria considerar la frecuentacion de las iglesias, para adorar y suplicar á Dios, cómo una practica indi-

gurgites tui et fluctus tui super me transierunt, et ego dixi: Abjectus sum a conspectu oculorum tuorum, verumtamen rursus videbo templum sanctum tuum. Jon. II, 4 et 5. Vide quomodo suspiret ad templum Domini, ad domum orationis, et domum Dei. Unde iterum infra subdit: *Cum angustiaretur in me anima mea, Domini recordatus sum, ut veniat ad te oratio mea ad templum sanctum tuum.* Jon. II, 8. Daniel non absimiliter orabat Deum in captivitate Babylonis, et oratio ejus non erat captiva, sed libera, Deoque grata; attamen, ut coram Deo illa se sisteret illi acceptissima, respiciebat fenestris apertis ad Jerusalem, sive ad templum in quo Dominus habitabat, in quo et adorari volebat. Sic enim dicitur: *Fenestris apertis in cœnaculo suo contra Jerusalem, tribus temporibus in die flectebat genua sua, et adorabat, confitebaturque coram Deo suo, sicut et ante facere consueverat.* Dan. VI, 10. Ezechias denique orabat in lecto suo, et oratio ejus e strato et plumis in cœlum evolabat haud indigna plumarum et pennarum ad volandum, attamen, ut securius impetraret quod volebat, per templum pertransibat. Quapropter dicitur: *Convertit faciem suam ad parietem, et oravit ad Dominum.* Is. XXXVIII, 2. Quare convertit se ad parietem: an forte ut orationi suæ lacrymas conjunctas celaret? Non ob solam hanc causam, sed etiam quia paries ille versus templum erat, nam juxta templum Salomon regium palatium extruxerat. Quia ergo ad templum ire non poterat, ad parietem templi et ad templum, faciem et cor convertebat, ubi Deus exaudire solebat. Unde notant nonnulli interpretes Salomonem fabricando templum in Jerusalem, quæ *in medio terræ habitata erat sita*, ut dicitur Ezechiele, cap. 55, Deum quasi centrum mundialis spheræ et omnium animarum constituisse, ut lineæ et orationes ab hominibus ducerentur in templum ubicumque existerent; et Deus in templo tanquam in centro præsentem se exhibens, singulorum præcibus intendebat, audiebat, exaudiebat. Propterea ergo hi omnes orantes, sive in profundo maris, ut Jonas, sive in cœnaculo Babylonis, ut Daniel, sive in strato ægritudinis, ut Ezechias, respiciebant ad templum, et illuc gressu mentis conscendebant, quo non poterant gressu corporis. — Quod ipsum in nova lege imitari convenit christianos. Dum impediuntur vel ægritudine, vel aliter orare in loco tabernaculi admirabilis, illuc saltem convertant oculos cordis, et eorum preces non despiciet Dominus, sed respiciet propitius, et impetrabunt certius. Quando

ferente que se pueda menospreciar ni omitir sin desagradarle. Séa que se las considere cómo *casas de Dios*, en dónde espera nuestros homenajes; séa que se las considere cómo *casas de oraciones*, en dónde él ofrece sus gracias á quién viene á pedirselas ¹: la obliga-

vero se possunt sistere in templo Dei personaliter, non negligant, scientes quod ibi sit domus Dei ad orandum, aula Dei ad laudandum, chorus angelorum et hominum ad cantandum, porta ad cœlos intrandum, scala ad ascendendum, cœnaculum et mensa Dei ad panem vitæ edendum, locus sanctus et proprius ad ea quæ petimus impetrandum. Orationes enim in Ecclesia communi amoris fraterni copula factæ elevantur per ministerium angelicum, per spiritum Ecclesiæ tanquam per gemitum columbæ, per merita sponsæ Christi, per sacerdotum subsidium, per patrocinium sanctorum, quorum ibi reliquiæ sunt, per corporis Christi mystici conjunctas vires. Ibi suppleant sancti, suppleant angeli, suppleant merita Ecclesiæ, supplet gemitus columbæ, suppleant merita capitis nostri Christi, quod nostræ posset deesse orationi, ut a nobis procedit (MARCHANT. *Ration. Prædic. dom. 10. post Pentec.*).

1. I. La Iglesia es un lugar santo: No debemos aparecer allí más que con un profundo respeto, 1º El templo es un lugar santo: *Domus mea. Santificavi domum hanc quam ædificasti.* III. Reg. VIII, 27. a) A causa de la destinacion, de la consagracion al culto de Dios: *Santificavi*; b) á causa de todo lo que contiene: *Domus mea*; el Santo Sacramento, las imágenes de Jesucristo, de la Santa Virgen, de los santos, el altar, el pulpito, el confesionario, las pilas bautismales, etc, etc.; c) á causa de las funciones santas que se realizan: el santo sacrificio de la Misa, la administracion de los sacramentos, la predicacion de la palabra divina, las oraciones de la liturgia, etc, etc. — 2º Debemos conducirnos con un profundo respeto. a) No penetrar más que con una suerte de temor religioso: *Solve calceamenta...* Exod, III, 5; b) no permitirnos conversaciones ociosas, miradas curiosas é indiscretas; c) no ocuparnos más que de pensamientos santos y piadosos, y penetrarnos de la presencia de Dios: *Domum tuam decet sanctitudo, Domine. — Ecclesia non est officina forensis, sed locus angelorum, regina cœli, cœlum ipsum.* S. Chrys. — II. La Iglesia es una casa de oracion: Debemos, pues, orar. 1º El templo es una casa de oracion: *Domus orationis vocabitur.* — *Oculi mei aperti, et aures meæ erectæ ad orationem ejus qui in hoc loco oraverit.* II. Par. VII, 15. — 2º Debemos, pues, orar. Debemos nosotros, a) esponer á Dios nues-

cion de frecuentarlas es manifiesta, nos está impuesta á la vez por el culto que es debido á Dios y por nuestros propios intereses ¹.

tras necesidades, nuestras penas, etc; b) unir nuestras oraciones á las de nuestro divino Mediador; c) alejar las distracciones, etc. El templo es, para todos, un refugio, un consuelo, un asilo. III. La Iglesia es un lugar temible: No debemos permitirnos nada que pueda ofender á la divina Majestad. 1º El templo es un lugar temible: *Quam terribilis est locus iste!... Pavete ad sanctuarium meum.* Lev. XX, 2. — Es allí que reside áquel delante del cual se postran los Sarafines, Isa. VI, 2: *Terribilis plane locus et dignus omni reverentia quem fideles viri inhabitant, quem sancti angeli frequentant, quem sua quoque præsentia Dominus ipse dignatur.* S. Bern. 2º No debemos permitirnos que se ofenda á la Majestad divina. *Ecclesiam non secus ac cœlum frequenter, nihilque in ea loquere, aut agere quod terram sapiat.* Imitemos á los ochenta ancianos del Apocalipsis: *Procedebant... et adorabant viventem in secula seculorum.* (Dehaut. El Evang. espl. 3. p. sect. 1).

1. *Y él enseñaba todos los dias en el tiempo.* Lo que el Salvador hacía en áquel tiempo en el templo de Jerusalem, continua haciendolo todos los dias en nuestros corazones que son el templo en el cuál pretende hacer su principal residencia; « porque, dice San Agustin. *in Ps. XIII, 7,* somos todos el templo de Dios, y cada uno de nosotros es este templo. » Eso es lo que enseña todos los dias, desparramando la luz de su verdad; y nosotros no debemos atribuir más que á sus enseñanzas secretas estos prodigios brillantes de su gracia que nos sorprenden de tiempo en tiempo. Asi, cuando vemos, por ejemplo, una joven ocultarse de pronto á todas las esperanzas del siglo, renunciar al mundo, cuando el mundo no tiene para ella más encantos, y consagrarse al Señor desde sus primeros años; sepamos que es el efecto de las instrucciones de un Dios, que se ha hecho oír en un corazon fiel, que le ha hecho conocer que no se puede nunca dar demasiado pronto á él, y no se falta entonces en decirle: Yo os hé amado demasiado tarde, Dios mío, *Sero te amavi.* S. Aug. Confes. XXVII, 17. Cuando hemos visto este pecador presto á morir en la impenitencia, despues de haber vivido en el crimen y el libertinaje, desesperando de su salvacion, porque no le quedaba tiempo yá para trabajar, volverse de pronto hacia Dios con confianza, esperar completamente en su misericordia, y por una verdadera contricion merecer el perdón de sus pecados, no hemos debido atribuir este cambio tã subitito

Conclusion. — Al arrojar del templo á los mercaderes, Nuestro Señor nos enseña, cristianos, que es preciso évitarse con el más

más que á la voz del que há gritado en este templo vivo, que no es nunca demasiado tarde para volver á Dios, y que no hay tiempo en la vida en que no reciba á los pecadores que ván á él : *Et erat docens quotidie in templo.* Felices los que no son sordos á esta voz de Dios, y en obedecer. Entrémos para este asunto en nuestro corazon, escuchémos atentamente lo que el Señor nos dice; no tiene el mismo language para todos, y conduce á cada uno de nosotros por vias diferentes; pero es una obligacion esencial para todos los hombres el oír su voz, y marchar por el camino que él les prescribe en particular : á uno dice, cómo á San Mateo : *Sígueme*, Mat. ix, 9; si ese, en lugar de dejar todo para seguirle, continua en una profesion peligrosa, él pone su salvacion en peligro evidente. El dice á este otro, cómo á este joven del Evangelio que poseía muchas riquezas : *Vendad vuestros bienes, y dedlos á los pobres.* Mat. xix, 21; y lo que por sí no es más que consejo, se convierte algunas veces en un precepto para el que, por la adhesion que tiene á sus bienes, no puede poséerlos *sin poner en ellos su corazon.* Psal. xli, 11. El considera á este cómo á san Pedro inmediatamente despues de su pecado. Luc. xxii, 61, y para responder á la gracia de Dios, debe abandonar al instante el lugar que ha sido fatal á su inocencia, separarse de las personas que pueden serle una ocasion de pecado, y *llorar amargamente.* Luc. xxii, 62. — Hácese ver á este cómo á Santo Tomás; y entonces es preciso someterse cómo este apostol y esclamar en el mismo momento : *Mi Señor y mi Dios.* Joan. xx, 28. Porque es asi cómo el Señor continua enseñando todos los dias en el templo de nuestro corazon : *Et erat docens quotidie in templo.* Podemos decir, por otra parte, que el Hijo de Dios que enseñaba todos los dias en el templo, enseña á los pastores la obligacion que tienen de instruir al pueblo que le está confiado á sus cuidados; si no lo hacen todos los dias en el templo, con tál que séan fieles á sus deberes, ellos encontrarán lugar de hacerlo diariamente, unas veces en el confesionario, otras veces en las visitas que harán á los enfermos; aquí consolando á este viuda aflijida, allá sosteniendo la debilidad de esta persona abrumada bajo el peso de la adversidad; y otras veces, por fin, tranquilizando á una alma desolada que la verguenza de su pecado habia arrojado en la desesperacion. Tál es el ejemplo que Jesucristo, este divino modelo de los sacerdotes ó pastores,

grande cuidado, cómo siendo un gravísimo pecado, el profanar las iglesias, séa cometiendo acciones criminales, séa abandonando-se á la disipacion, ó de cualquier otra manera. Y al declararnos que nuestras iglesias son sus casas, y casas de oracion, nos hace él comprender la obligacion que hay para nosotros de frecuentarlas, por una parte, para ofrecer á Dios nuestras adoraciones y homenajes, y por otra, para dirijirle nuestras suplicas y recibir sus gracias. Tál es la doble leccion que acabamos de sacar de la consideracion de lo que hace hoy Jesucristo en el templo, y de lo que dice. Estas dos lecciones, no puede dudarse, son tál graves cómo practicas. Tengámos, pues, cuidado, de acordarnos de ellas, y de hacerlas reglas de nuestra conducta relativamente á los edificios sagrados de nuestras iglesias. No profanémos nunca la santidad, y visitémoslos tambien con frecuencia tálta cómo nos los permitan el cumplimiento de nuestros deberes. Obrando así, merecerémos ser un dia recibidos en el cielo, del cuál nuestras iglesias no son más que la imagen; en el cielo, en donde ningun profano podrá penetrar, sínó en donde los angeles y los santos están sumerjidos en una eterna adoracion, y en donde Dios, por su parte, vierte sobre ellos inagotables torrentes de alegrías celestes y de placeres santos. Asi séa.

nos ha dado durante toda su vida; séa que vaya á Betania á consolar á Marta y á Maria por la muerte de Lazaro su hermano, Joan. xi, 17, ó que dé señales de ternura á una pecadora que se deshacia en lagrimas en casa del fariseo, Luc. vii, 48; séa que él convierta á la Samaritana por la conversacion que tuvo con ella cerca del pozo de Jacob, Joan. iv, 6; ó que encuentre el medio de salvar á una mujer adúltera, Joan. viii, 6) del suplicio que debia sufrir segun la ley, Lev. xx, 40, Jesus enseñaba todos los dias en el templo y en particular : doble obligacion para los sacerdotes, por donde deben comprender que su vida es una vida de accion, y que darán cuenta terrible al Señor de todo el tiempo que pasan en el descanso y en la ociosidad. (Monmorel, Hom. 9. sem. despues de Pentec. Sabado).